Homenaje a Montse Watkins

Ota Masakuni
Editorial Gendaikikakushitsu

Soy director de la Editorial Gendaikikakushitsu (*現代企画室*) de Tokio desde hace 30 años. Es una editorial pequeña que publica libros de diversos temas dentro del área de las humanidades, pero creo que vale la pena recalcar que en estos años hemos publicado más de cien títulos de literatura, historia, filosofía, pensamiento, música, cine, bellas artes, diseño, etc., relacionados con América Latina y España, porque yo mismo he tenido un gran interés por la historia y la cultura del mundo hispánico. En ese sentido, presumo de haber contribuido de alguna manera a la divulgación de las ricas y diversas expresiones culturales del mundo hispánico entre los lectores japoneses.

Sin embargo, el intercambio cultural no ha de ser unilateral. Es absolutamente necesario establecer un circuito de penetración y comunicación recíprocas. En ese sentido, nosotros tuvimos la oportunidad de conocer a Montse Watkins a principios de los años 90, cuando la editorial llevaba ya 15 años realizando actividades de publicación y con bastantes libros publicados sobre el mundo hispánico. Tan pronto nos pusimos a conversar con ella, nos dimos cuenta del profundo interés que tenía en la cultura japonesa. El motivo habían sido las películas clásicas de Yasujiro Ozu y otros directores de cine japoneses que había visto en España, y pudimos percibir la rapidez y sorprendente profundidad con que se había sumergido en la cultura japonesa desde que empezó a vivir en Japón. Particularmente, destacaba en dos aspectos. En primer lugar, ella tenía incorporadas en su estilo de vida cotidiana abundantes cosas que los japoneses contemporáneos habían olvidado y abandonado. En segundo lugar, había leído, comprendido y asimilado obras literarias de las épocas moderna y contemporánea de Japón. Yo trabajaba en la publicación con mi cónyuge, Hideko Karasawa, y podría decir que un lazo de amistad muy especial unió a Montse y a Hideko desde el primer encuentro.

Montse nos comentó que deseaba traducir algunas obras literarias de sus autores japoneses más admirados al español y publicarlas. También que ya tenía traducida al español la obra *Hakai* (*El precepto roto*), de Toson Shimazaki (1872-1943). Esta obra trata sobre un problema social grave arraigado en la sociedad japonesa: la discriminación y persecución de gente de una determinada clase social, lugar de residencia y profesión. Nos asombramos al constatar la profundidad con la que

Montse comprendía la sociedad japonesa cuando nos contó que había terminado de traducir esta obra, que no es nada fácil de interpretar. Fue ese el momento en que pensamos que podríamos trabajar en colaboración con ella, sobre la base de una sólida confianza mutua.

Nuestra forma de trabajar como editorial hasta entonces, consistente en traducir los libros del mundo hispánico al japonés y publicarlos, se limitaba a la importación. Si nuestra editorial pudiera proporcionar y vender la traducción al español de la literatura japonesa realizada por Montse se materializaría un intercambio cultural realmente recíproco, nuestro sueño de muchos años. Motivados por esta idea, pusimos en marcha el proyecto encaminado a realizar el sueño compartido por Montse y nosotros mismos. En la nómina de escritores de literatura moderna cuya traducción al español deseaba ella publicar figuraba, además de Toson Shimazaki, Kenji Miyazawa, Soseki Natsume, Ogai Mori, Osamu Dazai, Yakumo Koizumi y Saneatsu Mushanokoji. Estuvimos totalmente de acuerdo con su selección.

Por otro lado, Montse pensó que era imprescindible obtener financiación para materializar este proyecto que nunca sería económicamente rentable. Llamó su atención el programa de subvención de publicaciones de la Fundación Japón y presentó la solicitud pertinente. Su entusiasmo conmovió al personal encargado de dicha entidad. En 1994 publicamos *Tren nocturno de la Vía Láctea*, obra de Kenji Miyazawa, nuestro primer trabajo con la subvención de la Fundación Japón.

Montse Watkins realizó una gran obra y nos legó su labor cultural traduciendo y publicando quince obras literarias japonesas durante los años transcurridos desde ese año hasta 2000, cuando el destino quiso llevársela para siempre.

Como dije al principio, recogimos en nuestra alma grandes frutos traduciendo y dando a conocer obras excelentes del mundo hispánico, pero podríamos decir que teníamos déficit en la importación. Ahora, casi dos décadas después, pienso que, por la parte japonesa, pudimos corresponder a Uds., aunque modestamente, trabajando junto con Montse. Si la importación y exportación del patrimonio cultural y espiritual llegó a ser un intercambio realmente recíproco, fue Montse quien contribuyó, quien lo hizo posible, lo cual significó una profunda alegría para nosotros, el personal de Gendaikikakushitsu, que felizmente funcionamos como mediadores.

A continuación me referiré a la faceta de Montse como investigadora y periodista. Montse Watkins, además de traductora y difusora de la literatura, también era periodista. Sus ensayos periodísticos sobre el fenómeno de la inmigración latinoamericana a Japón en la década de los 90, *Pasajeros de un sueño*, traducido como *Hikage no nikkeijin* (*日影の日系人*) en el año 1995 y ¿El fin del sueño?: Latinoamericanos en Japón, en el año 2000 y su correspondiente traducción al japonés como *Yume no yukue* (*夢のゆくえ*) (2000), que publicamos en nuestra editorial Gendaikikakushitsu, fue una labor absolutamente necesaria para nosotros, pues no había ningún estudio ni conocimiento mutuo entre ambas culturas que, dadas las circunstancias, se veían condenadas a entenderse. En ese sentido, Watkins no

solo fue pionera como traductora y editora, sino también como investigadora en esta área de estudios.

En la sociedad japonesa ha habido una manera de pensar bastante rígida desde la Edad Antigua de que Japón es un país monoétnico y no es una sociedad que resulta de la mezcla de diferentes etnias. El considerar una única etnia de pura raza superior se une fácilmente al etnocentrismo retorcido o xenofobia. Japón cometió el error de someter colonialmente y declarar la guerra a los países vecinos bajo esa manera de pensar desde finales del siglo XIX hasta la mitad del XX. Y la noción de que Japón es un estado monoétnico subsiste en la sociedad aún después de la derrota en la guerra. La sociedad actual está en proceso de envejecimiento y, debido a la baja tasa de natalidad, empezó a sufrir de escasez de mano de obra laboral joven para realizar trabajo no cualificado. A comienzos de los 90, el gobierno japonés reconoció la residencia y empleo de los descendientes de japoneses que viven en ultramar para dedicarse a ese tipo de trabajo. En América Latina hay una importante colonia de japoneses. Brasil, con 600 000 personas, ocupa el primero de la lista. En Japón, desde finales del siglo XIX hasta principios del XX, el gobierno de entonces adoptó la política de abandonar a la gente haciéndola exiliarse, con el fin de reducir la población pobre en las zonas agrícolas. Esto llevó a un gran número de emigrantes japoneses a varios países latinoamericanos, en los que trabajaron en unas condiciones infrahumanas. Transcurrido un siglo, empezaron a venir a trabajar al rico Japón los hijos de la primera generación de emigrantes en unas condiciones que diferían muy poco de las que se habían encontrado sus padres.

Algún tiempo después se fundó CATLA –Comité de Apoyo a los Trabajadores Latinoamericanos–. Los trabajadores emigrantes que vinieron de lejanas regiones empezaron a hacer frente a estas dificultades tales como las duras condiciones laborales, el sueldo bajo o las lesiones y accidentes durante la jornada laboral, etc., por lo cual surgió la necesidad de contar con un comité que pudiera ayudarles a resolver sus problemas y asistirles en su vida cotidiana. No hace falta recalcar que el idioma era una barrera y que se habían acumulado numerosos problemas de todo tipo. La manera de disponer la basura, problemas educativos y de adaptación en la escuela donde estudiaban sus hijos, la negociación con dueños de casas que no quieren inquilinos extranjeros, la discriminación racial… Había una absoluta necesidad de establecer relaciones positivas conversando con calma y negociando a través de intermediarios adecuados. Nosotros colaborábamos en las actividades de CATLA. De hecho, conocimos a Montse Watkins, precisamente, en una reunión de esa entidad.

La tendencia general del mundo, a medida que avanza la globalización, es que los trabajadores, soportando duras e infrahumanas condiciones laborales, se trasladan hacia una sociedad más rica. Los trabajadores emigrantes harán frente a diversas dificultades de todo tipo. No obstante, si la sociedad del país que los acoge es abierta y dispone de normas y recursos que ofrezcan adecuadas condiciones de trabajo, vida cotidiana y garantía de derechos humanos, se producirán numerosos encuentros enriquecedores entre distintas etnias. Como suele suceder, muchos

inmigrantes llegaron engañados con falsas promesas, por eso hubo más episodios de sabor amargo para los trabajadores extranjeros que encuentros felices. Y por eso comprendo muy bien el motivo por el cual la periodista Montse Watkins tuvo interés en estos complejos problemas de comprensión cultural, dado su espíritu humanitario. La edición en español de su libro sirvió para que los trabajadores inmigrantes provenientes de América Latina se enterasen de su situación actual conociendo los antecedentes históricos. Por otro lado, la traducción al japonés fue útil para que los japoneses supieran cómo trata su sociedad a los trabajadores que vienen del exterior.

Montse, siempre multifacética y con su sombrero de periodista, siguió siendo amante de la literatura. En 1997 publicamos la antología de relatos escritos por los trabajadores de origen latinoamericano editada por ella. Se titula *Encuentro: Colectánea de autores latinos en Japón*. Tengo la sensación de que la palabra «encuentro» simboliza su deseo de perfecto avenimiento entre ambas culturas.

En resumen, y como hemos visto, Montse Watkins fue pionera en su campo y realizó una importante labor traduciendo al español la literatura japonesa y divulgándola, así como reflexionando e investigando sobre el vínculo entre los países latinoamericanos y los inmigrantes descendientes de japoneses. Es verdad que tuvo la suerte de contar con varias personas que trabajaron y colaboraron con ella. No obstante, nada hubiera sido posible sin la fuerza motriz de su entusiasmo y actividad. En ese sentido, la personalidad y la labor de Montse Watkins son el magnífico puente inmortal que une el mundo hispánico con el japonés.

Transcurridos quince años desde su prematura muerte, le reitero una vez más mis palabras de agradecimiento: ¡Muchas gracias, Montse!